

MÚSICA MALDITA



Cristina Rodríguez Aguilar

Una voz de tenor atruena en la azotea. La voz se esparce por los patios de las casas, entre el olor a fritanga y el llanto lejano de un niño. Un relámpago corta de pronto el paisaje de antenas. La noche entra en acción. Sube el telón de estrellas sobre los tejados y el silencio que preludia los sueños. Como en la gran sala de un teatro cambian las luces y cambia el ritmo para el nuevo espectáculo. La clandestinidad se apodera de todos los garitos de la ciudad. Elk tampoco duerme. Por tercera vez la voz de tenor se estrella contra la noche. Es la señal para acudir a la cita. Otros muchos han escuchado también y como Elk, se deslizan por las calles como sombras. Algunos con una forma colgando de su hombro o un bulto escondido en su pecho. Otros sin nada. Y así noche tras noche, como siguiendo una voluntad que no es la suya, una fuerza genética que la ciudad diurna pretende ignorar y prohibir, las sombras salen y se esparcen y se reúnen en lugares ocultos donde la música prohibida brota y los libera.



La ciudad de Elk es una ciudad contaminada, enorme e insolidaria. Crímenes, torturas, violaciones..., todo lo más horrible ocurre en ella. Pero Elk, como los demás, sabe que en una de las bocacalles de la calle principal, si uno tiene suerte, puede encontrar un paisaje verde con una casa y un viejo negro con voz de tenor. Los violonchelos claman cada noche por encontrar la calle y la hora exacta en que las puertas del camino se abren. No hay lógica que explique la clave, ninguna partitura, nada. Dicen que sólo la necesidad o el peligro la abren misteriosamente, pero para quien cree en su existencia, es la gran esperanza de escapar.

Elk vive atormentado por un sueño: quiere ser saxofonista. Poseer un saxo en esta ciudad puede ser muy peligroso. Los saxos los tocan los negros y ya no hay negros aquí. La memoria colectiva ha preservado su música almacenada en los rincones más ocultos de la noche, y a veces sale y se apodera de los sueños, incluso de los sueños de aquéllos que condenaron antiguamente lo negro y su ritmo, y que ahora yacen muertos y olvidados. De su herencia se conservan la Ley y el miedo. Pero para Elk el aire que lo alimenta sale de un saxo. Sabe muy bien que si alguien te escucha tocar uno, te denuncia y te pudres en la cárcel, y sabe también que nunca podrá salir de la ciudad porque no tiene influencias allá arriba, y porque además, un oscuro pasado de abuelos jazzistas le condena a ser sospechoso a perpetuidad. Por eso Elk se consume como si le faltara el oxígeno. Las noches clandestinas son cada vez más peligrosas. También los espías tocan instrumentos prohibidos y muchos han caído confiando que compartían su pasión con un cómplice y no con un enemigo. La Ley tiene delgadas patas de araña, pero no puede acabar con la memoria de los ritmos prohibidos. Elk sabe que algunos lo han conseguido. Han encontrado la calle precisa en el momento preciso y se han evadido. La puerta se abre solamente ante los ojos que la buscan de verdad.

Una noche, Elk regresa a casa tras un concierto de violín. Corre una brisa fría entre las casas. De pronto alguien a su espalda le amenaza con un cuchillo - ¡La pasta tío! - Elk reacciona y corre desesperado. No tiene dinero ni ganas de morir. Llega a la calle principal de la ciudad con el jadeo del otro a su espalda. Nadie que pueda ayudarle. Casi cree sentir ya el cuchillo clavándose en su espalda, cuando de repente ve un valle y una casita verde que se lo engullen como en un sueño. Nadie le sigue ya. Amanece. En el porche un viejo negro limpia un saxofón. Elk se le acerca y el viejo empieza a tocar. De la casita van saliendo personas conocidas y otras que no conoce. Todas llevan un instrumento prohibido en las manos. El negro tiende el saxofón a Elk y todos empiezan a tocar una hermosa música, mientras el viejo canta con su voz de tenor un blues azul y profundo como el cielo. En la ciudad, un estremecimiento de rayos ilumina los tejados.